

JARA, Miguel. *Laboratorio de médicos. Viaje al interior de la medicina y la industria farmacéutica*. Primera edición. Barcelona: Ediciones Península, 2011. Págs: 231.

¿Conoce o ha tomado usted Levothroid, Roacutan o Reductil? Seguramente le interese saber entonces que Levothroid se suministró con una composición alterada de su principio activo, la levotiroxina y causó en miles de personas efectos secundarios no deseados como nerviosismo, palpitaciones o insomnio. O que Roacutan es un fármaco con derivados de la talidomida indicado contra el acné y considerado teratogénico, es decir, que causa anomalías o monstruosidades, además de inducir al suicidio. O que el adelgazante Reductil mató a 34 personas en el mundo pero en España “la Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios (AEMPS) no prohibió su venta al considerar que el balance beneficios-riesgos era favorable”. Estos datos pertenecen a la primera obra de Miguel Jara¹, *Traficantes de Salud, cómo nos venden medicamentos peligrosos y juegan con la enfermedad* (Icaria Editorial, 2007). Un libro que fue prolegómeno de posteriores temas de investigación y vendría a mostrar la principal constante de todo su trabajo: “sacar a la luz informaciones ocultas o que pasan desapercibidas para la mayor parte de la ciudadanía y que afectan de manera decisiva a su calidad de vida”.

Si con *Traficantes de salud* se llevó a cabo una intensa labor de recopilación informativa legítima en sí como garante de credibilidad y acción de denuncia, su segunda obra *La salud que viene, nuevas enfermedades y marketing del miedo* (Península, 2009), alcanza a ser un completo y complejo trabajo de investigación periodística propia: sólido en sus informaciones, esta vez con numerosos expertos, limpio en el estilo y muy humano. Dividido en dos grandes secciones, la primera narra la cotidianidad de personas que sufren enfermedades de nueva aparición como el Síndrome de Fatiga Crónica (SFC), la Sensibilidad Química Múltiple (SQM), la fibromialgia o la hipersensibilidad a los campos electromagnéticos. La segunda sección trata de las enfermedades creadas *ad hoc* por las industrias farmacéuticas para medicamentos que les reportarán pingües beneficios, algo que poco antes habían denunciado Ray Moynihan y Alan Cassels en *Medicamentos que nos enferman* (Atlántida, 2008), y del que Jara sustrae el concepto de “disease mongering” (tráfico de enfermedad) para contextualizarlo en nuestro sistema sanitario. ¿Es acaso la menopausia una enfermedad? ¿E ir al baño por la noche en más de una ocasión? ¿Sufre un niño trastorno por déficit de atención porque le cuesta concentrarse? Según concluye el autor, ha de hallarse un medicamento para todos estos síntomas, en algún caso con efectos peligrosos o innecesarios, pero cuya ingesta será voluntaria si el marketing reiterado e implacable de las farmacéuticas asusta con precisión al indolente consumidor.

Las estrategias de venta de productos y servicios impopulares o prescindibles en sanidad no serían posibles sin que los guardianes de la medicación optaran por una vigilancia laxa del sistema, es decir, “si los médicos no entraran al trapo, lo que comúnmente se conoce en el sector como el tarugueo”. La doctora Lanctot ya había elaborado un distinguido trabajo sobre el tema (*La mafia médica*, 2002) por el que no pudo volver a ejercer la medicina tras su publicación. Jara contextualiza esta actividad ilícita con *Laboratorio de médicos* denunciando que España es la “Champions League de la compra de voluntades, la corrupción planificada de numerosos laboratorios, consentida por la Administración”, que permite a ciertos médicos recetar fármacos que quizás no sean el mejor o más económico o menos peligroso de los remedios, sino el que posteriormente le supondrá una recompensa: un viaje a un parador nacional, una cámara digital o simple y llanamente dinero en mano. “Esto”, denuncia Jara “que es ilegal pero consabido por todos en el mundillo, no se expone o juzga porque buena parte de las autoridades, de los inspectores sanitarios, de los colegios de médicos y de las fuerzas de seguridad del Estado prefieren entretener el tiempo mirando para otro lado. Suele hacerse la vista gorda”.

¹ Miguel Jara (Madrid, 1971), es escritor y periodista free lance especializado en la investigación de temas relacionados con la salud y la ecología. Edita el blog www.migueljara.com y es colaborador en España del *British Medical Journal* y de la revista *Discovery DSalud* entre otras publicaciones. Ha publicado los libros *La salud que viene, nuevas enfermedades y el marketing del miedo* (Península, 2009); *Conspiraciones tóxicas, cómo atentan contra nuestra salud y el medio ambiente los grupos empresariales* (Martínez Roca Ediciones, 2007), en colaboración con Rafael Carrasco y Joaquín Vidal; y *Traficantes de salud, cómo nos venden medicamentos peligrosos y juegan con la enfermedad* (Icaria Editorial, 2007).

Laboratorio habla de ello directamente y con abundante documentación, así se explica al inicio de la lectura: “el secreto de un buen trabajo periodístico está en sus fuentes”; y he aquí el mayor valor de esta obra. El buen hacer de este reportero le ha granjeado fama de profesionalidad ante los informantes que cita y eso se palpa en cada párrafo de *Laboratorio*. Un ejemplo. *Close-Up* es una compañía dedicada a la recolección de datos sobre pautas de consumo de fármacos: sus trabajadores se dedican a grabar con un escáner las recetas que salen de las farmacias y pasan esos datos al laboratorio, de manera que se sabe cuántas recetas de un medicamento ha prescrito uno u otro facultativo. Luis, la fuente de Jara, era el jefe de panel de veintitrés “recolectores de recetas” y cuenta al periodista cómo tenía a su cargo desde un vigilante jurado del colegio de farmacéuticos de Barcelona que trabajaba por la noche y grababa las recetas, hasta amas de casa con amistades farmacéuticos que les dejaban escanear en el mismo establecimiento. “Cada receta digitalizada se pagaba a un céntimo de euro y algunos farmacéuticos se pringaban por 2 euros al mes”, dice Luis, pero un día, éste supo que desde *Close-Up* además se vendían los datos de los pacientes a la farmacéutica Lilly, ilegal y penado con cárcel. Entonces Luis habló con su director y le pidió una carta que le quitara de toda responsabilidad en la comercialización de los datos, dado que él sólo se limitaba a dirigir la recolección. En palabras de Luis: “Franco no confirmó lo ocurrido pero me dijo que para eso se me pagaba muy bien y que si nos cogían ya sabía a qué atenerme. Me despedí amenazando con denunciar y me tapó la boca con 50.000 euros”. Este es uno de los muchos testimonios que se desentrañan en *Laboratorio de médicos*. Un viaje, como indica su título, a un corazón visiblemente deshumanizado.

Del libro podría amonestarse el estilo, que en ocasiones resulta ser más poético de lo que viene a ser en costumbre un texto periodístico. Jara habla de “las letras de terciopelo” de un e-mail o de la despedida con una fuente “con el eco de los acuerdos especiales silbando tras nuestros talones la canción amarga de la desesperanza”. Así se justifica en su blog: “quería investigar a fondo un tema pero utilizando recursos literarios para presentarlo, es más bien un relato que un ensayo al uso”. Y seguro que hay una razón pero también resulta algo compleja su estructura. El libro consta de 9 capítulos que siguen las experiencias de varios visitantes médicos cuyos apuntes biográficos se intercalan en función de la necesidad del autor por incluirlos en el capítulo correspondiente. La lectura se complica cuando parte de estos protagonistas se dan a conocer con pseudónimos que se entremezclan con nombres reales: Nikita, Níscalos, Piltrafilla o Desengañada. Esta última es claro ejemplo de esta *desobediencia* estructural cuando es presentada en la página 44 con un pequeño párrafo, continua en la 57 brevemente y termina su periplo en la 227. Su historia es de las más interesantes, “una doctora, directiva de laboratorio, decepcionada con la ciencia, la medicina, la industria y los Servicios Públicos de Salud que se tambalean debido a lo agresivo de este negocio”, pero creo que el lector hubiera agradecido una distribución de la documentación más sencilla, si es que ante tal cuantía de evidencias esto pudiera lograrse.

Con *Laboratorio de médicos* Jara se presenta como un periodista de investigación comprometido y altamente especializado. Un libro que invita a un lector exigente, interesado en temas de salud y que puede confiarse a un riguroso trabajo periodístico. *Laboratorio* no se plantea la desacreditación de los profesionales de los laboratorios ni de muchos de los fármacos elaborados en ellos, sino “denunciar la práctica institucionalizada, planificada y financiada de la promoción de medicamentos en beneficio de algunos médicos y laboratorios”. Y aunque él mismo aparece como protagonista secundario del libro, algo que los defensores del purismo informativo mirarían con recelo, el autor se limita estrictamente a mostrar su práctica laboral: un buen periodismo que, en definitiva, habla del porqué de la calidad de sus informaciones. Jara podría llegar a representar en España lo que Ivan Illich significó para una generación de consumidores de fármacos en los 80 tras la publicación de *Némesis médica*; otra de las características que atribuiría a este buen periodista de investigación: la capacidad de alentar la esperanza en que, partiendo de un conocimiento de los hechos adecuado, un mundo mejor es posible.